

SUSURROS EN TUS OIDOS

texto **Alcira Martínez**



A ruta traviesa, la Argentina conserva relatos silenciados de la represión. Aún existen cordobeses, chaqueños o neuquinos a quienes les cuesta hablar de eso. Hacia esas voces viaja cada semana

El interior de la memoria, el ciclo de Canal Encuentro realizado por Pablo Torello desde nuestra Facultad de Periodismo. Y desde esos confines adonde no llegó la CONADEP, no sólo agrega piezas al *puzzle* de presencias y ausencias, sino que cruza periodismo y cine en una suerte de subgénero olvidado: el documental de investigación periodística.

Terror y vergüenza, entonces mejor el silencio. Eso provocó el terrorismo de Estado en los pueblos: el acallamiento, la imposibilidad de reconstruir la historia para que haya justicia. Porque la memoria estaba, pero en voz baja, cuchicheada.

Durante 30 años, los vecinos de diversas ciudades del interior que en los setenta vieron cómo fusilaban a sus amigos, familiares o conocidos, se negaron a pronunciarse sobre esas muertes. Muy al abrigo de la familia, los más chicos escuchábamos cada tanto –muy cada tanto– a nuestros tíos o abuelos decir en susurros: “ahí viene Coqui, está buscando al nieto ¿te acordás de la hija? Era subversiva y se la llevaron embarazada”.

En aquellos terrenos oscuros fue a buscar *El interior de la memoria* los relatos silenciados de la represión en la Argentina profunda, allí donde no llegó la CONADEP y la gente, aún hoy, no se anima hablar.

Pablo Torello creció en Junín, mucho fútbol



de potrero, bici en la laguna y escuela pública. No tiene recuerdos infantiles acerca de cómo los 70 se ensañaron con el interior. Sólo se acuerda del alba de aquella mañana, cuando a los diez años tuvo que formar en la entrada de Junín junto a sus compañeros del Colegio Nacional. Dentro de un guardapolvo blanco recién planchado, hizo de escudo humano para Videla que, bien uniformado, entró al pueblo en un Fairlane negro muy lustrado. Ese día entendió que algo no era normal porque sintió incertidumbre. No supo si esconderse ante la aparición del dictador o hacerse ver. A veces no saber es tan malo como saber.

A los 18 llegó a La Plata a estudiar Periodismo. Todavía hoy, varios compañeros de su camada lo recuerdan muy rubio y empeñado, seguro de al menos dos cosas que quería: usar la cámara de Taller de Televisivo y conquistar a Valentina. Veintisiete años después, con una hija de 20, otra de 7 (con Valentina), y once documentales, el director de *El interior de la memoria* recorre las provincias en busca de historias ocultas sobre la dictadura militar.

Su primer intento por hacer un video fue a los 20. Era 1988 y recién recibido se insertó en el conurbano profundo a vivir para contar la historia de dos jóvenes torturados y asesinados en democracia. Los matones, policías desocupados por la democracia, lo amenazaron. Fue la única vez que no persistió.

Hace quince años no hubiera sido posible que Pablo Torello, periodista, investigador y documentalista, tuviera un espacio para proyectar la miniserie como el que hoy tiene en Canal Encuentro. Primero porque la señal no existía. Segundo porque las voces de las víctimas en el interior del país fueron aún más silenciadas.

"Hasta el '96, en que HIJOS crece y sale a la calle, de esto ni se hablaba. Hablar de dictadura no es lo mismo después de que Néstor finalizó con las leyes de obediencia debida y punto final, desde 2001 para acá este país es otro", explica el realizador. "Las temáticas que uno aborda encuentran un cuenco, encuen-

tran recepción, la sociedad tiene ganas de consumirlo, de revisar lo que pasó".

La Ley de Servicios de Comunicación Audiovisual también abrió un universo inédito para los productores independientes: "Es en este contexto histórico", precisa Torello "que me fue posible contar con espacios y posibilidades para la creación de materiales que revisen lo que durante años se ha tratado de negar". Le permite, además, dejar en claro que la represión en el interior del país es un territorio no demasiado explorado y que sólo hay algunos hechos más resonantes que otros porque durante años hubo unitarismo hasta en la construcción del relato de la dictadura.

El título avizora lo que hubo y lo que se viene: en la primera temporada *El interior...* habla de todo el país. Casi con obstinación, Torello escarba en la memoria de 75 pobladores y militantes retazos de las historias que parecían olvidados en el recuerdo de los vecinos. Ocho sucesos, ocho provincias, ocho capítulos de 26 minutos con el anclaje en la articulación de los testimonios que vertebran el hilo conductor de cada parte, apoyando la narrativa en material de archivo fílmico, fotográfico y facsímiles de publicaciones de la época.

Con la misma intensidad, en la segunda temporada escucha en los argumentos de 45 entrevistados cada parte de lo narrado que pueda entrecruzarse con las vidas de los militantes y ahonda en la memoria de los sujetos. "Ahora quiero ir al interior de ellos, de los que nos cuentan", anticipa. "Este año escuché menos testimonios pero más profundamente".

Torello cruza el periodismo con el cine. Se apropia del género documental y lo tiñe de investigación periodística. Los protagonistas le hablan a la cámara y el lenguaje del cine entra en crisis. Una suerte de paragénero que no es el cine político ni militante, es tal vez el documental de investigación periodística.

Hay escenas, paisajes, frases del cine que tenemos tan grabadas en la retina como "Siempre tendremos París". En *El interior de la memoria* (capítulo 2, "La masacre de Trelew"), es imposible olvidar que se oyó contar a Lewinger mirando a los ojos: "yo entendí mal

Salina del Bebedero, a 20 km de San Luis.

En 1976, dos personas fueron asesinadas y enterradas allí. Derecha, arriba: Pablo Torello en el tristemente célebre Centro de Detención La Perla, en Córdoba.

una señal, yo me equivoqué y me fui sin ellos". Kilómetros de llanura de la pampa argentina, rutas áridas y desérticas del sur, hectáreas y hectáreas verdes de soja, que nos traducen la historia y el presente, el Conurbano en los '70 y el Conurbano hoy -busque las siete diferencias-. Los roles van y vienen. Periodistas que no aparecen en escena, camarógrafos que consiguen ser parte de las historias, entrevistados que pasan a ser periodistas. Como en el capítulo 6, "La masacre de Pasco": El equipo de producción llega en la Hyundai Starex con dos cámaras, un fotógrafo y el hijo del concejal Héctor Lencina a la esquina de Santiago del Estero y Sánchez, justo allí a donde el concejal fue asesinado y su cadáver dinamitado junto a siete compañeros de la JP durante la primera intendencia de Eduardo Duhalde. Alejandro Lencina busca y encuentra relatos sobre la muerte de su padre. Los lugareños le cuentan la memoria del barrio. Una cosa es leer la historia, conocerla, relatarla, y otra, es oírla de la boca de José, el vecino que en la noche del 21 de marzo de 1975 tuvo que juntar en bolsas de consorcio los pedazos de cuerpo que encontró en el patio de su casa. Esa es la apuesta del director.

Desde 1989, Torello persiste en documen-



tar la violencia política y el terrorismo de Estado que marcó a nuestro pueblo. Por alguna coincidencia temporal –haber vivido la dictadura en el colegio primario y la guerra de Malvinas a los 15 años– todos sus documentales son sobre derechos humanos.

Para él, los pueblos tienen la obligación de mirar hacia atrás para tratar de construir para adelante: “Si uno no revisa lo que le pasó, le cuesta mucho construir algo nuevo y es en ese sentido que los pueblos necesitan la misma reconstrucción, mirar hacia atrás para construir un futuro”.

Y hubo un episodio que actualizó en Torello la certeza de continuar por las rutas de la memoria. “Cuando filmé *A cielo abierto*, la crónica sobre el bombardeo a la Plaza de Mayo de 1955, Estela de Carlotto –que venía de una familia radical, de clase media, burguesa, anti-peronista– recuerda, sobre el final del mediometrage, que habiendo visto, meses antes, cómo era bombardeada una plaza llena de gente, en donde murieron 300 personas y hubo 1300 heridos, salió a festejar el golpe que derrocó a Perón en el 55, en lugar de salir reclamar por esas víctimas”, describe el director. “Qué paradoja del destino, dice Estela, que tiempo después mi hija abraza la causa peronista y termine siendo asesinada. Si la

sociedad hubiese salido a resistir, a oponerse, a protestar en aquel momento, tal vez no hubiera pasado lo que pasó. Esto es cómo un pueblo aprende de sus historias. En ese punto entiendo que los relatos se transforman en un documento indispensable para pensar nuestro pasado reciente”.

Acomodado en una silla sobre uno de los escenarios del Teatro Argentino de La Plata, el entrevistado habla rápido y larga un relato desmembrado: asegura que sin conocer la historia de la Casa de los Conejos, donde funcionaba la imprenta de Montoneros en La Plata –de donde se llevaron con vida a Clara Anahí Mariani,– se hace imposible entender lo que quiere contar. Esa secuencia se reproduce por miles. Por cada vez que el equipo del Centro de Producción Audiovisual de la Facultad de Periodismo y Comunicación Social (que dirige Pablo Torello) intenta ahondar en la memoria de los testigos.

Rodolfo Walsh escribió que “las clases dominantes han procurado siempre que los trabajadores no tengan historia, no tengan doctrina, no tengan héroes y no tengan mártires. Cada lucha debe empezar de nuevo, separada de las luchas anteriores. La experiencia colectiva se pierde; las lecciones se olvidan. La historia aparece así como propie-

El equipo a pleno: Fernando Cola, Diego Pires, Juan P. Torello, José Vila, Joaquín Lanfranchi y Pablo Torello en el Pasaje Las Moras, Santa Fé, donde mataron a cuatro mujeres montoneras.

dad privada cuyos dueños son los dueños de todas las otras cosas”.

Nosotros, asegura Torello, “deberíamos agregar que, además, el tabicamiento es aún mayor en las zonas periféricas, por la prepotencia con que se imponen los temas del centro”. Ir al interior de los que nos cuentan trae estas cosas: “Escuchando individualmente las historias de esas personas que nos ayudan a construir los relatos, uno se da cuenta de que la magnitud de la tragedia es casi inabarcable. No le cabe solo a un hecho o a un realizador, sino a toda la sociedad. Las historias de la dictadura son inagotables”. Torello asume el rol de periodista comprometido y nos trae permanentemente a la memoria la historia negada. Golpea hasta aturdir. Nos dice *no se olviden, para que no pueda volver a pasar*. No se corre un milímetro de la historia de su pueblo y persiste en construir los mejores relatos. Y quiere creer que con cada hora de película filmada agrega un pedacito a esa historia aún incompleta.